

desenvolvimiento desde el fondo de su conciencia subjetiva.» «El espíritu alemán», afirma, «es el espíritu del Nuevo Mundo. Su objetivo es la apreciación de la verdad absoluta como ilimitada e individual determinación por la libertad.» Los alemanes poseen también una cualidad nacional muy peculiar y aparentemente intraducible, el *Gemüth*. El filósofo la define en forma luminosa como «latente e indeterminada integridad del espíritu con referencia a la voluntad, por la cual se gozan las satisfacciones del espíritu en manera análoga general e indeterminada.» Infiero que hablaba de algo muy delicado, y que los instintos de tribu del auditorio se inflamarían placenteramente ante la certeza de su posesión. Un francés alude a cierto rasgo alemán que Hégel no menciona, pero con el cual contaba de seguro; esto es: que en Alemania se espera siempre que la paciencia del lector exceda a la nebulosidad del escritor. De igual modo que Fichte, asignaba Hégel a los alemanes la facultad de fermentar toda la masa en que por incidencia cualquiera de su raza se hallasen colocados.

Es imposible ilustrar aquí en mayor escala la forma en que se ha nutrido la confianza alemana en sus destinos y su *Kultur*. Sospecho que ninguna otra nación compite con Alemania en el *Gründlichkeit* (equilibrio perfecto) y *Planmässigkeit* (organización) con que el espíritu de nacionalidad se ha cultivado y labrado a impulsos de la educación de los directores intelectuales.

A disponer de más tiempo podría señalarse también en Francia una corriente menos turbida quizá, pero igualmente ancha y profunda de seguridad nacional. Es difícil sobrepasar la declaración de Nisard cuando

tratando de definir el espíritu francés se encuentra describiendo casi la razón en sus verdaderos atributos. Honor y gloria, ingenio y brillantez son los rasgos distintivos principales que los escritores franceses descubren siempre en grado predominante entre sus compatriotas.

Pero no es mi intención pasar revista a los pueblos europeos grandes o pequeños, ya que hayan establecido su independencia política como los ingleses, los españoles, italianos o rusos; ya que como los polacos, bohemios, croatas y los descontentos irlandeses, aspiren a hacerlo así en nombre de la nacionalidad. La historia de la diversidad del espíritu nacional debe escribirse, por supuesto. Servirá para distraer y entristecer a la par al filósofo lector. Me aventuro a prever que la teoría de las peculiaridades nacionales resultará antagónica y exclusiva, ya que estaría basada en muchos errores y extorsiones históricas, en supresiones insolentes y en arrogancia exagerada. Tendrá exactamente el mismo valor que las alabanzas que le hiciera a su dama un ciego y apasionado adorador. Cantar las proezas de su tribu ha sido siempre el pasatiempo natural del jactancioso salvaje. Cuando se preguntó a los caribes su procedencia, respondieron: «¡Nosotros somos el único pueblo!» El significado del nombre Kiowa (una tribu india establecida ahora en Oklahoma) es «pueblo real o principal». Los lapones se llaman a sí mismos «hombres» o «seres humanos.» Los tunguses se denominan «hombres». Puede observarse como regla que los pueblos más primitivos se llaman a sí mismos «hombres.» Los demás son algo diferente, quizá no muy bien definido; pero no son verdaderos «hom-